

Ramírez Peña, Luis Alfonso. *Comunicación y discurso. La perspectiva polifónica en los discursos literario, cotidiano y científico*. Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio, 2007, 262 págs.

Se han cumplido casi doce años desde el día en que tuve la fortuna de conocer al profesor Luis Alfonso Ramírez en la maestría del Instituto Caro y Cuervo, los primeros días de febrero de 1995. Todavía recuerdo el asombro y el temor que me produjo el escuchar su programa de “Semántica del discurso” del segundo año del programa en Literatura hispanoamericana. Se suponía que en el transcurso del año, debíamos organizar el rompecabezas que él nos presentaría, con tal nivel de coherencia, que el trabajo final debíamos aplicarlo en una obra previamente escogida.

Como era acostumbrado en el curso, inmediatamente se terminó la clase, nos reunimos en nuestros grupos de estudio para trazar las estrategias a partir de las cuales debíamos aprobar esta materia. En definitiva, concluimos que debíamos leer cada uno de los materiales propuestos con mucha atención pero, sobre todo, sabíamos que íbamos a abusar de la buena disposición de su monitor el prof. Harold Castañeda Peña, hoy profesor de la Universidad Javeriana. Efectivamente, pasadas algunas semanas, lo llamamos para que nos asesorara. Fue tanta la urgencia con la que acudimos a él que no dudó en reunirse con nosotros un domingo. El tema era nada menos que la teoría de la acción comunicativa de Habermas.

Son tantas las anécdotas que recuerdo alrededor del curso dictado por el profesor Luis Alfonso, y la fortuna que tuve al ser escogido como monitor de, tal vez, una de las materias más apetecidas por los exalumnos de Seminario, que nadie ni yo mismo podía creerlo. Lo que no sabe el profesor Ramírez es que solicité dicha monitoría porque quería, de una vez por todas, entender su propuesta de teoría del discurso.

No obstante, después de los tres años que trabajamos juntos y muchos más de intentos de aplicación, este es el momento en que yo no me atrevería a afirmar que manejo su modelo a la perfección, o para ser más exacto si estoy en la capacidad real de explicarlo pretendiendo tener todo claro. Lo que sí es cierto es que disfruté cada una de las lecturas, de las referencias, de las afirmaciones y de las posturas que se exponen con claridad y sabiduría a lo largo del libro. Debo confesar que la lectura de *Comunicación y discurso. La perspectiva polifónica en los discursos literario, cotidiano y científico* la hice con algo de envidia, pues aunque conserva muchas de las posturas iniciales del modelo que conocí, es evidente que ha logrado formular sin mi colaboración, o al menos sin las interrupciones propias de mi rezago teórico, muchos de los aspectos que, en incontables conversaciones, me manifestaba debía resolver. Sin embargo, una vez confesada mi ignorancia en relación con muchas de las reflexiones que el profesor Ramírez adelanta con respecto a las teorías del lenguaje, del discurso y la semiótica, me veo por pura sinceridad, en la obligación de reconocer que no he dejado de aplicar su propuesta en cada una de mis clases de literatura.

Uno de los aspectos que más me han atraído de la propuesta del profesor Ramírez, es su capacidad de autocrítica cuando descubre un vacío en algunas de sus formulaciones, así como esa claridad con la que enuncia sus posiciones. Es tal la contundencia de sus argumentos que es imposible no sentirse un poco torpe cuando descubrimos que nos hemos dejado llevar por el encanto de ciertas posturas teóricas que parecían inquebrantables. Asimismo, el profesor Ramírez ha demostrado a lo largo de la formulación de su modelo de producción de sentido que es capaz de dar esa vuelta de tuerca, es decir, no le teme a la reformulación que muchos evitan al punto de reducirse al silencio.

En su libro *Comunicación y discurso. La perspectiva polifónica en los discursos literario, cotidiano y científico*, ha llegado a formular con una lucidez sorprendente las problemáticas centrales en la teoría del discurso y la producción del sentido, adoptando como punto de referencia al individuo, productor o intérprete de su situación mediante la producción del discurso. Esto, por supuesto, sin dejar de lado aspectos sociales y culturales que ha denominado “voces” en el sentido de saberes que forman parte de la tradición y memoria colectiva a modo de “preconstruidos” en términos de ámbitos, marcos y dominios.

En esencia, se parte de una concepción triádica tanto del signo como del discurso, a partir de la cual es posible dilucidar muchas de las cuestiones que han dejado a media marcha muchas de las pretensiones de explicación del fenómeno de la comunicación en sus diversas modalidades. Esta disposición triádica, le ha permitido establecer diversas categorías de análisis e interpretación del discurso, en casi todas sus particularidades, que convierten a su modelo en una de las propuestas teóricas más sugerentes y ricas en lo que al análisis del discurso se refiere.

En mi caso, como interesado por el estudio del discurso estético literario y hace algún tiempo por la historiografía literaria, las categorías tales como imagen, concepto e imagen poética, articuladas a los procesos sinecdocal, metonímico y metafórico junto a la culturización, la socialización y la individualización –en el caso de la primera representada en sus diversas manifestaciones a partir del ámbito, el marco y el dominio–, se me ha abierto un abanico de posibilidades de aproximación a las obras literarias y a la denominada periodización literaria. Con respecto a esta última, podría plantearse para ciertos periodos literarios el predominio, junto con el individuo y su subjetividad, de cierta concepción de lo estético determinado por preeminencia de la combinación de estos elementos, al punto de permitir la formulación de una concepción homogénea de un sector de la producción literaria en una época. Sin embargo, me asalta la duda sobre la función de la tradición –entendida en términos de principio selectivo en relación con el pasado y principio complementario con respecto al presente– pues, cierta tendencia de la historiografía literaria se ha empeñado en afirmar que el carácter estético de una obra literaria se constituye a partir de la legitimidad que se desprende de una propuesta que se precia de una concepción de lo literario que, además de presentarse como moderna, es paradójicamente antigua.

Si lo literario se define a partir de la recreación de los referentes tradicionales de los otros discursos (cotidiano, científico), a modo de la expresión personal de la admiración o la sorpresa ante el mundo, haciendo acopio de “las condiciones y posibilidades ofrecidas por las particulares características del lenguaje verbal y los discursos” (217), ¿cómo será posible aplicar dichas características a concepciones estéticas en las que aparentemente predominan los contenidos culturales, en calidad de ámbitos de carácter sociológico, en el que mundo objetivo parece convertirse en la materia absoluta de la obra?

Si tuviéramos que caracterizar al realismo crítico e, incluso, a la novela de la Violencia, tal vez las categorías que encontramos más adecuadas son: el proceso sinecdocal, e incluso metonímico, junto con un predominio de la imagen y el concepto claramente dirigido por una subjetividad subyugada por la intersubjetividad (los discursos políticos). Se podría argumentar la baja calidad estética de las obras, sin embargo, su predominio en cierto momento de la historia de la literatura colombiana atestigua su recepción por sectores amplios de la sociedad. Estas son dudas que se me presentan al querer aplicar estas categorías del discurso a cierto tipo de obra –no canónica– o a un determinado discurso de la historiografía literaria que se pretende pluralista y democrático.

Asimismo, estas incertidumbres se transforman en verdaderos espacios de creatividad defendidos por el profesor Ramírez, en el contexto de la reflexión historiográfica, cuando se parte del presupuesto de que las historias de la literatura se constituyen en espacios discursivos a partir de los cuales es posible trazar el denominado “campo intelectual” en el que se establecen relaciones de semejanza y

oposición, continuidad o ruptura, indispensables en la constitución de una literatura nacional o continental.

La propuesta del profesor Ramírez permite superar estas limitaciones, en lo que respecta a la aproximación del discurso literario, pues en él –si no estoy traicionando el modelo– es indispensable aunar la rigurosidad con la creatividad. En el sentido en el que se refiere a la contribución del lector en la interpretación de un texto, el historiador de la literatura en cuanto lector debe ser capaz de contribuir, creativamente, en la constitución de una literatura mediante la formulación de periodos y conceptos de literatura que si bien se desprenden de las obras mismas, reconocen por un lado ciertos rasgos comunes y ciertas especificidades o posturas individuales en cada una de las obras y que a la postre se constituyen en verdaderos parámetros de clasificación.

Atendiendo a las recomendaciones del profesor Ramírez, creo poder aproximarme a una respuesta pues, según él, el estudio del discurso depende de lo que se quiere lograr. Si lo que se quiere es “entender los sentido ocultos, las voces secretas que subyacen a los discursos, las oscuras intenciones de su productor”, el profesor recomienda ubicarnos como si ese discurso hubiese sido escrito para nosotros. Esto significa dilucidar el contexto del cual surge la obra y, por consiguiente, “hacernos partícipe del ámbito y el dominio de voces que asediaron al locutor, al tiempo que buscaríamos entender el marco por la búsqueda del texto, su enunciación y su discursivización” (257). Por otro lado, la interpretación al exigir de nosotros “ser agentes del entendimiento” requiere de nosotros encontrar “las fuentes las razones, las motivaciones y las intuiciones que inducen al sentido asumido” (257). Esta doble perspectiva que aspira a abarcar la totalidad de la obra es indispensable en la constitución de las historias de la literatura.

De acuerdo con lo anterior, el polaco Janus Slawinski reitera la importancia de que en la formulación de una hipótesis de la totalidad oculta de la obra se conjuguen tanto la perspectiva crítico literaria como la histórica literaria. La postura crítico literaria propugna por la concepción de la obra en cuanto iniciativa individual en la que se relativizan los sistemas supraindividuales y se aísla de las condiciones socioliterarias; la segunda, vincula a la obra al contexto de una determinada tradición al punto de presentarla como una forma de continuidad en cuanto se pueden identificar ciertos rasgos comunes con otras obras que estéticamente le son contemporáneas y, a su vez de rupturas o no continuidades del proceso histórico literario que no se pueden explicar con las tradiciones reconocidas y, en consecuencia, sugieren reorientaciones y resemantizaciones.

Retomando lo anterior, es claro que el modelo del profesor Ramírez posee todos los elementos indispensables para una aproximación al discurso literario y sobre lo literario y que para nada contradice o niega las posturas más avanzadas al respecto. De igual manera, estoy seguro de que este libro se convertirá en una lectura obligada

no sólo para mí sino para mis estudiantes de historiografía literaria de la Universidad de Antioquia pues, el modelo recoge, discute y complementa muchos de los teóricos que estudiamos y al ponerlos en diálogo nos presenta un abanico de posibilidades de lecturas que sólo la experiencia y el conocimiento profundo pueden ofrecer.

Para terminar, debo afirmar que he utilizado el modelo del profesor Luis Alfonso Ramírez con bastante éxito en lo que respecta a la interpretación de las obras e incluso, estoy en la tarea de aplicarlo en el análisis y construcción de discursos como los de la historiografía e historia de la literatura. Con cierto temor, pero respaldado por la generosidad que no significa menos rigurosidad teórica y exigencia ética de este modelo, esta propuesta “de acercamiento discursivo de la obra literaria puede incluir interpretaciones ideológicas, psicoanalíticas, culturales o políticas” dependiendo del interés del lector y de sus voces y convicciones con las cuales enfrente la obra. Opino, tal como lo he aprendido del profesor Ramírez que la rigurosidad, la postura ética y la fidelidad a sí mismo deben ser los principios básicos a partir de los cuales todo aquél que se precie de ser un estudioso del discurso se aproxime a su objeto.

Alfredo Laverde Ospina
Universidad de Antioquia